

tores del siglo XX influenciados de alguna u otra forma por el folclore (Berio, Gerhard, Britten, Cage, Takemitsu, Martin, Dessau y Mahler)” < <https://www.proyectoocnos.com>>. Su mención abre la introducción de una contribución que se articula en torno a contextualizar, observar divergencias y concluir convencidos (y convenciendo), además del “valor artístico intrínseco” de la música tradicional andalusí, de su potencial innovador.

El color y la textura de las guardas y la reproducción en portada de *Noche en el Bósforo, Estambul, Turquía* de Juan Fernández Lacomba (1989), que en el libro nos habla de los efectos del viaje de Paul Klee a Túnez en 1914, anuncian al lector una calidad y un cuidado material exquisito que continúa en el interior del libro, editado por Editorial Universitaria de Sevilla con la participación del Excmo. Ayuntamiento de Almonaster la Real y la Obra Social “la Caixa”. Un preliminar, siete trabajos y tres apéndices de ilustraciones nos regalan excelentes contenidos y diversidad de perspectivas que nos enseñan, ilustran e invitan a reflexionar, a aprender, a mirar, a escuchar.

Maravillas AGUIAR AGUILAR  
Universidad de La Laguna

SERRAT Y BONASTRE, Francisco de Asís. *Tánger 1916-1924. Radiografía de la ciudad del Estrecho en vísperas del Estatuto*. Edición e Introducción de Bernabé López García. Granada: Editorial Almed, 2017

Entre las numerosas obras de diferente naturaleza —geográficas, históricas, relatos de ficción—, dedicadas a Tánger, la de Serrat Bonastre se distingue, como señala Bernabé López García en su excelente y esclarecedora Introducción, por pasar revista “a las instituciones urbanas, la vida cotidiana, los personajes vivos”. Y todo ello en “un momento crucial” de la ciudad, es decir, en el periodo que transcurre entre la primera guerra mundial y la víspera del Estatuto internacional, que convertirá a Tánger en una “urbe cosmopolita con aspiraciones de llegar a ser un pequeño Montecarlo en los años de entreguerras”. Serrat nos ofrece aquí un relato ameno, fluido, de agradable lectura.

Nacido en Barcelona en 1871, Serrat era diplomático de carrera, y, como tal, sirvió en varios destinos europeos, como Roma, Lisboa, Berlín y San Petersburgo. Después de su paso por Tánger, ejercería aún en La Habana y en Varsovia. Llamado a la Secretaría de Relaciones Exteriores del primer equipo de gobierno de Franco, dimitió de su cargo en febrero de 1937, por discrepancias con el régimen franquista, exiliándose en Suiza.

El relato de Serrat sobre Tánger, que escribió en su exilio de Suiza hacia 1937, forma parte de los diez volúmenes de memorias que el autor dedica a narrar su trayectoria personal y profesional. Entre ellas no podían faltar sus “memorias

de guerra”, en las que Serrat cuenta su participación en la nueva política instaurada por Franco en los primeros meses de la guerra civil. En el Epílogo que escribió para esta obra, Ángel Viñas reconoce “la calidad literaria y el interés histórico” de las memorias tangerinas de Serrat. Nadie mejor para comentarlas que Bernabé López García, gran especialista de Marruecos y excelente conocedor de la ciudad del Estrecho, en cuya Introducción se basan las páginas que siguen.

En los ocho años de permanencia en Tánger, Serrat llegó a tener un profundo conocimiento de la ciudad y de las personalidades que allí vivían particularmente de los diplomáticos de las naciones firmantes del Acta de Algeciras en 1906. Interesantísimos son a este respecto sus reflexiones sobre el juego de influencias de las principales potencias en el Tánger de aquellos años, convertido en la capital diplomática de Marruecos por el sultán Mohamed ben Abdallah desde finales del siglo XVIII. Aunque era consciente de que, a pesar de ser la española la colonia más numerosa de Tánger, España desempeñaba un papel secundario, Serrat no estaba dispuesto a aceptar esta situación de inferioridad, particularmente respecto de Francia, la otra potencia europea con la que compartía el protectorado en Marruecos.

En su calidad de representante diplomático en el Imperio jerifiano, era normal que Serrat se preocupase por la política marroquí de España, definiendo la acción política inicial en Protectorado en dos palabras: sangría y derroche. Desde su puesto al frente de la Sección de Marruecos en el Ministerio de Estado, Serrat trató de imprimir “racionalidad” dentro de la confusión y el desorden que imperaban en la gestión de los asuntos marroquíes. En este sentido, uno de sus primeros objetivos sería conjugar la acción civil con la militar, y crear una Administración para la zona de Protectorado, incluidas las administraciones de Justicia y de Educación. De la primera, “Organización judicial de la Zona”, cuyo cuerpo legal completo fue publicado en el Dahir de 1 de junio de 1914, habla Serrat elogiosamente, mientras que, respecto de la segunda, la “Junta de Enseñanza”, creada el 3 de abril de 1913, se muestra muy crítico, a pesar de que de ella formaban parte personalidades del arabismo como Julián Ribera y Miguel Asín Palacios, o de la academia como Rafael Altamira y Ramón Menéndez Pidal.

De otro lado, Serrat se refiere asimismo al proceso de “descuartización” al que fue sometido Marruecos con el Protectorado, que venía a añadirse y complicaba los problemas ya existentes.

La situación de Tánger había experimentado cambios importantes desde que Edmundo de Amicis la describiera en 1878 en su libro *Marruecos* como un “modesto villorrio”. A finales de 1915, cuando Serrat llegó a la ciudad, el crecimiento demográfico registrado en esos 40 años había sido espectacular, con la creación extramuros de nuevos barrios, en los que se habían construido espléndidas

villas de notables musulmanes y ricos judíos o europeos, o barriadas modestas como “casas baratas”, proyectadas en 1886 por el padre franciscano José Lerchundi, en las que se habían instalado emigrantes españoles pobres, cuyo número, que ascendía a un millar más o menos en 1886, se quintuplicaría a principios del siglo XX.

Serrat se refiere asimismo a la singularidad de Tánger dentro del contexto marroquí. En efecto, en la ciudad había una “especie de municipalidad” compuesta de “personalidades influyentes de la ciudad bajo el control de cónsules extranjeros”. La cesión por el sultán de competencias al cuerpo diplomático implicaba una limitación de la soberanía marroquí. Un paso más en el proceso de internacionalización de la ciudad serían el Tratado hispano-francés de 1904, el Acta de Algeciras de 1906, y, por supuesto, el convenio hispano-francés del 27 de noviembre de 1912, aunque el estatuto internacional de Tánger solo se definiría de manera definitiva a finales de 1923, cuando Serrat estaba a punto de abandonar la ciudad. Entretanto, en el periodo tangerino de Serrat, Tánger vivirá un forcejeo entre Francia y España, la primera para someter a Tánger, a través del sultán, a la “tutela efectiva” del Residente general francés, y, la segunda, para incorporar la ciudad a la zona del Protectorado español.

En su obra, Serrat pasa revista a las “instituciones tangerinas” representadas por las autoridades marroquíes: el naib o delegado del sultán, el bajá o gobernador, el cadí, el nadir y otras autoridades a escalas inferiores, sometidas “en última instancia” al control del cuerpo diplomático, particularmente al de la Legación francesa.

En la parte dedicada a la “batalla inmobiliaria”, Serrat se refiere a la pugna entre España, Francia e Inglaterra, cada una de las cuales trataba de afianzar sus intereses en la ciudad, alentando a sus nacionales a adquirir propiedades. La crisis, en la que se sumió Tánger a causa de la Primera Guerra Mundial frenó esa pugna, que se reanudaría en 1918. Muy ligado a la “fiebre inmobiliaria” estuvo la construcción del Gran Teatro Cervantes de Tánger, inaugurado en 1913, gracias al matrimonio español Peña-Orellana. Entre los intereses españoles en Tánger, además de las dos instituciones de la representación del Estado español en Tánger, la Legación y el Consulado, Serrat cita los Correos y Telégrafos, las Escuelas Alfonso XIII y un Hospital, sostenidos por el Estado y gestionados por los frailes franciscanos.

Entre los intereses empresariales, Serrat menciona a la Compañía Trasatlántica y a su filial “Electra Hispano-Marroquí”, cuya actuación y eficacia Serrat cuestiona. En cambio, elogia a la empresa de automóviles Llodra, que llegaría a establecer un servicio de transporte público que enlazaba Tánger con Tetuán y el Protectorado español.

En cuanto a la presencia de españoles en las instituciones tangerinas, Serrat menciona la Oficina de Obras Públicas, en la que el director, el ingeniero francés Porché, hacía y deshacía a su antojo, particularmente después de la expulsión, al principio de la guerra, de alemanes y austriacos, y la Policía, en la que Francia y España eran los dos únicos países con competencias en la materia.

En el plano social, las más presentes en la ciudad eran las instituciones españolas, entre las que destacaban el Casino Español y asociaciones como el Círculo de Unión Española, que congregaba a españoles de origen más modesto. Entre los españoles de la época, sobresalían entre otros, según Serrat, el padre Betanzos, de la Orden de los Franciscanos, Manuel Peña, constructor y primer propietario del Gran Teatro Cervantes, a quien describe como a “un buen hombre, despierto para los negocios, pero falto de cultura”, Ricardo Ruiz Orsatti, intérprete de árabe, director de la Escuela Hispano-Árabe, de quien traza un “retrato inclemente”, en palabras de Bernabé López, además de otros muchos personajes —periodistas, tenderos, etc.— que desfilan por sus páginas, a quienes describe con rápidas y certeras pinceladas.

Las páginas que Serrat dedica a los marroquíes de Tánger son particularmente interesantes. Con excepción de algunas personalidades como los ex sultanes Abdelaziz y Muley Hafid, el visir el Mokri, el protegido británico el Menebhi o el delegado del sultán, Mohamed Tazi, a los que dedica varias páginas, “el pueblo marroquí aparece tan solo como unos gobernados con más juicio y cordura que sus gobernantes”. La opinión de Serrat sobre los marroquíes no parece demasiado positiva en general. Eran personas que se resignaban a su suerte, lo que era muy acorde con el “fatalismo musulmán”, carentes de cohesión, cuando se trataba de “moros del campo”, es decir, los llegados de todas las cabilas del Rif, o “buenos vividores”, cuando se trataba de los “moros de Tánger”, que, para Serrat, habían perdido su personalidad por el continuo trato con judíos y extranjeros, y se habían convertido en “buenos vividores” a la sombra de estos últimos.

Respecto de los judíos tangerinos, Serrat repite los consabidos tópicos sobre lo que considera “caracteres de su raza”, y menciona los nombres de las familias más influyentes. En las partes dedicadas a las élites europeas de la ciudad, a las que llama “la alta sociedad tangerina”, Serrat se refiere fundamentalmente a los miembros del cuerpo diplomático, a los extranjeros con cargos en organismos públicos y a algunos que ejercían profesiones liberales. El deporte por excelencia de estas élites era el golf. En cuanto a los actos sociales, Serrat destaca sobre todo los diurnos, favorecidos por el clima, entre los que, además de comidas y recepciones, menciona los tés, los bridges, el ya citado deporte del golf, y los picnics.

Del mundo diplomático Serrat resalta a algunos elementos de las principales colonias extranjeras, empezando por los diplomáticos, entre los que menciona

como los más importantes a los franceses y a los británicos. De estos últimos, figura en primer lugar el jefe de la Legación, Herbert White, del que Serrat señala “una inquina decidida hacia todo lo español”, para pasar después a hablar de otros ingleses influyentes en la ciudad, como el caíd Maclean, instructor del ejército de los sultanes Hasán I y Abdelaziz, y el famoso periodista y corresponsal de *The Times* en Marruecos, Walter Harris, a quien Serrat dedica un espacio considerable. En el retrato, bastante desfavorable, que traza de este último, Serrat resalta “su espíritu de intriga” y su “vanidad monstruosa”. También pone de relieve su posición “sistemáticamente hostil a España, y su apoyo a los franceses, de los que sería uno de los más decididos agentes”, según Serrat.

De otras colonias extranjeras de Tánger, Serrat cita sobre todo a algunos personajes representativos de la italiana, y solo de pasada da cuenta de algunos de la colonia belga, de la estadounidense, de la portuguesa, de la neerlandesa y de la rusa.

Un episodio que Serrat relata como digno de mención es el de los marqueses de Guadalmina, madre e hijo, instalados en Tánger entre 1916 y 1918. El episodio adquirió cierta relevancia, debido a la extraña figura del hijo, Luis Cuadra, el suicidio de la madre, precipitándose desde un balcón del hotel, y el intento de suicidio del propio hijo. La amistad de este último con el periodista Walter Harris, y sobre todo la que mantuvo con Louis Massignon, a quien Bernabé López describe como “el más importante arabista francés de todos los tiempos”, sacaría del anonimato a Luis Cuadra, personaje más bien mediocre.

Serrat dedica asimismo unas páginas a tratar de la guerra del Rif y al papel de Tánger en aquellos años como “observatorio inigualable de la acción española en Marruecos”. Como indica Bernabé López, Serrat llamará a Tánger “mentidero de la agitación marroquí” y “una especie de barómetro donde se reflejaba el estado de ánimo de todo el país”. Fue durante la estancia de Serrat en Tánger cuando se produjo en julio de 1921 el desastre de Annual, cuya causa inicial Serrat atribuye al nombramiento del general Silvestre como comandante general de Melilla, sin consultar al alto comisario, general Berenguer. Para Serrat, serían las “ambiciones de conquista y gloria” de Silvestre, las que llevarían a la catástrofe, explicación, por supuesto, simplista, a nuestro juicio, al cargar sobre un solo hombre y su terquedad para lanzarse a acciones temerarias, toda la culpa de lo sucedido. Como señala Bernabé López, el desastre de Annual y sus secuelas suscitaban en Serrat temores en lo que respecta al espinoso asunto de “depurar responsabilidades”, fermento, para él, de la contienda política que derribaría a la monarquía y dividiría a los españoles de ideas contrarias. Serrat consideraba que fue “el odio vil e insensato”, que se desarrolló desde entonces en el seno de la sociedad española lo que llevaría al “espantoso caos” de 1936. Con estas palabras, según Bernabé López,

pez, Serrat trataría de justificar su opción de apoyar el golpe militar y de aceptar dirigir la política exterior del nuevo régimen, si bien hay en sus palabras cierto poso de amargura de que las cosas hubieran ido demasiado lejos. En efecto, lo veremos dimitir de su cargo en abril de 1937 y exiliarse en Suiza. Por lo demás, Serrat destaca el papel de Tánger como retaguardia de alguno de los intentos de negociación para el rescate de los prisioneros después del desastre de Annual, particularmente los infructuosos llevados a cabo por el marqués de Cabra.

Serrat se refiere asimismo extensamente al cambio de residencia de la Legación de España en Tánger durante su mandato. El vasto y hermoso conjunto donde se instalaría la Legación de España se lo conocía como “Lalla-Sfia”, y constaba de un jardín, rodeado de magníficos árboles. Serrat describe con todo detalle y “sentido del humor”, en palabras de Bernabé López, las diferentes edificaciones del conjunto, así como la adquisición del mobiliario. La última etapa del mandato de Serrat en Tánger se desarrolló en ese marco paradisiaco, en el que la instalación de un gallinero sirvió a Serrat para entregarse a reflexiones filosóficas sobre la humanidad y comparar las relaciones de los seres humanos con las de las aves de corral.

Serrat dedica también unas páginas al Estatuto de Tánger, el cual consagraba el régimen especial de la ciudad y su carácter internacional, cosa que no era del agrado de Serrat, partidario de que Tánger pasara a formar parte de la zona española. En este sentido, lamentaba la falta de interés de España, particularmente la del gobierno del general Primo de Rivera, cuya posición crítica Serrat, por considerar que contribuyó a agravar la situación a la que se había llegado en este asunto.

Aunque, después de su partida de Tánger en julio de 1924, manifestaba que no volvería a acordarse de Marruecos, dejó entre los papeles legados a su familia un informe inédito de 160 páginas titulado “Estudio sobre Marruecos”, en el que analiza la cuestión marroquí y la política española hacia Marruecos desde principios del siglo XX hasta la derrota de Abd el-Krim. Según Bernabé López, el estudio debió de escribirlo hacia 1930, ya que incorpora artículos publicados en ese año, entre los cuales figuran cuatro artículos del general Primo de Rivera, con el que se muestra particularmente crítico por representar lo que Serrat llama la “pesadilla del abandonismo”. Para Serrat, el “abandonismo” influyó en la mala negociación del Estatuto de Tánger. Y, remontando a periodos anteriores, Serrat critica que España no hubiese sido capaz de romper el statu quo en favor suyo y acabara por aceptar la invitación de Francia para un reparto desigual del territorio, cuando Marruecos habría sido el territorio natural de expansión de España al otro lado del Estrecho.

Este análisis lleva a Serrat a afirmar la ineptitud de los políticos españoles en asuntos internacionales, como fue el caso de Maura, negándose a ratificar el malogrado tratado hispano-francés de 1902, por temor a la reacción de Inglaterra. Esta equivocación sería causa del progresivo debilitamiento de la posición de España ante la cuestión marroquí y del papel de inferioridad y subordinación que le impondría Francia. Serrat califica de “colaboración engañosa” el tratado hispano-francés de 1912, en el que se le asignó a España un papel de inferioridad, agravado por las torpezas de la acción que se llevó allí a cabo, caracterizada por una excesiva militarización. Ésta, a juicio de Serrat se produjo por la tendencia del ejército a actuar con independencia de la administración civil, y a suplantarla.

Serrat era un diplomático de carrera y, como tal, un funcionario del Estado, que sirvió a gobiernos tanto liberales como conservadores, a la dictadura del general Primo de Rivera, a la República, y, luego, a Franco. A este último por poco tiempo ya que, pese a ser un hombre de ideas conservadoras, no aceptó ser un “mero peón” al servicio de una “máquina militar desbocada”, en palabras de Bernabé López, quien termina su Introducción resaltando como rasgo distintivo de la personalidad de diplomático de Serrat, su profesionalidad.

María Rosa de MADARIAGA

VELASCO DE CASTRO, Rocío. *El protectorado español en Marruecos en primera persona: Muhammad Ibn Azzuz Hakim*. Cáceres: Universidad de Extremadura y Universidad de Granada, 2017, 211 págs.

Muhammad Ibn Azzuz Hakim, reconocido historiador e intelectual marroquí, es, sin lugar a dudas, una figura de obligada referencia para conocer y comprender Marruecos. Tratándose, además, del primer escritor marroquí en publicar una obra en lengua española y de un gran hispanista, resulta evidente el interés que su persona y producción tienen para el mundo del arabismo, especialmente para los ámbitos de la política y las relaciones hispano-marroquíes. Por todo ello, *El protectorado español en Marruecos en primera persona* es una obra de un valor incalculable para el estudio de estas áreas, ya que presenta la traducción al español del diario político de Ibn Azzuz Hakim, hasta ahora disponible únicamente en árabe.

Rocío Velasco de Castro enmarca la obra con una muy atinada introducción a la biografía del autor, destacando en ella los méritos más relevantes, así como los eventos que más influyeron tanto en su formación como en su posterior desarrollo intelectual y político. Ello nos permite situar la obra en su contexto a la par que conocer con mayor profundidad, pero sin datos superfluos, la figura de Muhammad Ibn Azzuz Hakim. Su personalidad, poliédrica en sus intereses investigadores y en su desarrollo profesional, crítica con el poder central, pro-rifeña sin llegar